

ARISTOCRACIA VATICANA

Por ENRIQUE
MIRET
MAGDALENA

EL cardenal Roncalli acababa de ser elegido Papa, para su sorpresa. A sus fieles venecianos les había dicho, al despedirse para ir al Cónclave: «Volveré dentro de pocos días».

Pero la Providencia dispuso otra cosa. Los cardenales habían elegido Papa: un Papa de compromiso entre el ala abierta y el ala cerrada, según creían muchos equivocadamente. Y no pudo regresar ya a Venecia.

El Cónclave había terminado: los lujosos automóviles que conducían a los cardenales, salían por la puerta de la minúscula Ciudad del Vaticano. Y Roncalli, con su buen humor, tomó a broma su nombramiento diciendo: «Aunque hubiera querido volver a Venecia no hubiera podido, pues me olvidé allí mi Carnet de Identidad».

Esta frase inauguró una nueva época para la Iglesia: la etapa evangélica.

El Papa ya no podía ser esa especie de monarca absoluto que algunos Papas intentaron ser; ni esa mezcla de señor feudal y padre espiritual que otros quisieron vanamente concordar; ni guerreros y religiosos al mismo tiempo, como alguno lo intentó en la historia azarosa del Medievo.

Tampoco podían ser ya grandes señores del Renacimiento, fastuosos y exquisitos, demasiado dados a los placeres de todos los estilos y a las inmoralidades eclesiásticas, como Alejandro Borja (Borgia para los italianos, pero descendiente de los Borja españoles) o León X. Los historiadores cuentan cómo el fraile Savonarola —tenido por santo por otros muchos santos— llegó a pensar que Alejandro había perdido la fe, y dejaba por lo mismo de ser Cabeza de la comunidad de los creyentes que es la Iglesia. De ahí que el fogoso fraile florentino no tuviera inconveniente en desobedecerle, y hoy se esté tramitando, incluso, su beatificación. Y de León X se sabe que recibió 30.000 ducados por nombrar cardenal al médico Ponzetti; y que la mayoría de los cardenales que nombró pudieron obtener esa categoría gracias al dinero que entregaron.

Roncalli, aquellos mismos días de su elección, fue preguntado sobre los títulos de nobleza que quería dar a los miembros de su familia, y volvió a asombrar a sus maestros de ceremonia contestándoles: «El título que tendrán mis parientes es el más elevado que hayan tenido nunca: hermanos y sobrinos del Papa». Con eso rompió con una costumbre secular que sólo había roto timidamente otro campesino elegido Papa: Pío X. El Papa Sarto rehusó cualquier género de nobleza para sus tres hermanas. Este Papa que fue, en algunos aspectos, un esbozo de Juan XXIII, accedió también al trono impensadamente, y con el asombro de aquellos cardenales franceses que al dirigirse a él en el idioma galo durante el Cónclave y contestarles en latín el futuro Papa, dijeron: «No es papable quien no sabe francés».

* * *

Toda la vida de Juan XXIII fue de ruptura con las ancestrales costumbres vaticanas que perduraban como rémora de épocas ya pasadas. Sin em-



El Papa Roncalli inauguró una nueva época para la Iglesia: la etapa evangélica. Cuando le preguntaron qué títulos de nobleza daría a los miembros de su familia —algunos de los cuales aparecen en la foto— el Pontífice respondió: «... El más elevado que hayan tenido nunca: hermanos y sobrinos del Papa.»

bargo no vivió lo suficiente para pronunciar el discurso que ahora acaba de dirigir Pablo VI a la nobleza romana.

Fueron famosos los discursos de Pío XII a estos aristócratas, que todo lo deben al antiguo poder temporal de los Papas. Los soberanos de Roma unían en ellos el poder espiritual y el poder terreno. Gobernaban sus Estados como señores de este mundo, y, desgraciadamente, mezclaban excesivamente sus prerrogativas temporales a su misión espiritual. Por eso es **SIGUE**

Vd. quiere TERGAL®

TERGAL
MARCA REGISTRADA

**AL COMPRAR
EXIJA
LA ETIQUETA
TERGAL® NUMERADA**

atención! 110,852

Lávalo con agua tibia jabonada, enjabónalo sin retener y secar a sombra.
Los lavos pequeños, atendiéndolo a sobre girarlo.
El blanqueo es inmediato, pero puede retardarlo o repasar una colera con plancha tibia. El plisado es permanente y subsiste después de lavado.
Este artículo también puede ser lavado en seco. ¡Atención! A su interior hay un hilo de una grana TERGAL.

Dorso de una etiqueta TERGAL

**SOLAMENTE ES TERGAL® SI LLEVA
LA ETIQUETA TERGAL® NUMERADA**

SOCIEDAD ANONIMA DE FIBRAS ARTIFICIALES, S. A. F. A. - MADRID - BARCELONA - BLANES

ARISTOCRACIA VATICANA

tan difícil distinguir, en la historia de la Iglesia latina, la parte de Dios y la parte de los hombres en la actuación de su Cabeza visible. Y en la edad contemporánea permanecían reliquias y vestigios de esa situación históricamente superada.

Sin embargo, un día providencial del pasado siglo, Italia arrebató este poder humano, demasiado humano, a los Papas. Día que debería ser celebrado por todos, a pesar de la reacción que produjo en Pío IX, como la liberación de la Iglesia de las ataduras excesivamente humanas que tanto le perjudicaban. Así lo han reconocido los dos últimos Pontífices.

Pero Pablo VI ha hecho más: ha anunciado cambios importantes. El príncipe Colonna, y todos los demás títulos de la nobleza romana pontificia que estaban presentes en la audiencia que les concedió hace días el Papa, escucharon lo que ninguno probablemente se esperaba. El anuncio de un cambio en la estructura, anticuada e inoperante, de esta nobleza que no tiene ya sentido para el mundo católico.

Los Colonna, Altieri, Chigi, Orsini, Barberini, Boncompagni, Ruspoli, Lancelotti... tienen, en alguna manera, sus días contados como nobles pontificios.

La Guardia Suiza, fundada por Julio II para protegerse con hombres de confianza; la Guardia Palatina de honor, reclutada entre la pequeña burguesía italiana, y la Guardia Noble, formada por la alta sociedad romana, probablemente terminen en un futuro próximo.

El Papa, soberano sólo espiritual, como ha recordado Pablo VI al Presidente Segni, con ejemplar sentido realista y evangélico, ya no tiene necesidad ni de los «camareros secretos» de una Corte inexistente, ni de los soldados de las tres Guardias antes citadas.

«Ya no somos el soberano temporal en torno al cual, en los siglos pasados, se reunían las clases sociales a las que vosotros pertenecéis», ha dicho.

Todos estos dignatarios pontificios han tenido unos títulos que estaban «privados de sus efectivas funciones». Pero «la historia sigue su curso, y el Papa... ni puede ni debe ejercer más poder que el de sus llaves espirituales».

Ya no puede el Sumo Pontífice enlazar con la época del Medievo y el Renacimiento, en que las cosas de este mundo estaban demasiado confusamente mezcladas a las cosas de Dios; «ni podemos —sigue el Papa— conceder los oficios, beneficios, privilegios ni galardones que puede dar un Estado temporal, ni tampoco tenemos posibilidad de acoger vuestros servicios inherentes a una administración civil».

La Cabeza de la Iglesia de Cristo no puede inmiscuirse en las labores profanas de los hombres, en sus luchas, en sus políticas, o en sus intereses de este mundo, porque sobre ellas no puede proyectar nada más que una luz espiritual. Y esto la tiene necesariamente que llevar a «modificar sus estructuras prácticas» de esta Corte sin significado para nuestro mundo. Todo lo que sea superfluo, todo aquello que no diga nada al pueblo de hoy, tiene la Iglesia que abandonarlo. En ese sentido es una «Iglesia de los pobres», de los medios pobres a los ojos de este mundo, como son los medios espirituales; pero, a la larga, los más eficaces para orientar una verdadera renovación de la estructura injusta de nuestra sociedad actual. Le es preciso a la Iglesia «seleccionar y elegir, entre sus instituciones y costumbres, lo que es esencial y vital». «El Concilio Ecuménico... plantea... este enorme problema de adaptación.» El «aggiornamento», o puesta al día, pedido por Juan XXIII.

¿Qué sentido tienen para los ojos sencillos de la gente, por ejemplo, los conflictos, que tanto escándalo produjeron en tiempo de Pío XII, de la

El Papa, soberano espiritual, ya no tiene necesidad de una Corte inexistente ni de hoy, será abandonado por la Iglesia. En este sentido será una «Iglesia de los





La guardia suiza, fundada por Julio II para protegerse con hombres de confianza, es muy posible que sea disuelta por el Papa Pablo VI en un futuro próximo.

anacrónica institución de los Caballeros de Malta? Un escritor sensacionalista como Roger Peyrefitte supo explotarlos para gran mal de todos, y este sin duda benemérito Estado soberano, que es la orden de estos caballeros, hoy no tiene más sentido que el histórico. Y quizá sea ésta una de las más valoradas entre todas las instituciones pontificias de otras épocas.

* * *

Monseñor Florit, obispo de Florencia, ha pedido durante el Concilio que en los obispos también «se reglamente el uso de insignias, ornamentos y títulos de los que nos servimos; la utilización que hacemos de cierto aparato tradicional es un obstáculo para el ministerio pastoral y la acción evangélica; puede ser que este fasto pudiese parecer necesario en la época en que los obispos eran también príncipes temporales; pero esto ya no corresponde a las costumbres públicas ni a los deseos de este Concilio».

Y lo mismo se diga de todo lo que extrañamente rodea hoy externamente al Papa. Se necesita una reforma «en la Cabeza y en los miembros», como se pedía en la convocatoria del Concilio de Trento.

Ha habido algún Padre conciliar que se ha atrevido incluso a decir que «la institución de los anuncios apostólicos puede ser considerada como una tradición venerable y digna de respeto, pero también como arruga que proyecta su sombra en la cara de la Iglesia... Hace aparecer a la Iglesia, a los ojos de la gente, como semejante a las potencias políticas» (Monseñor Amman).

Sin duda, el Papa quiere preparar lo que se avecina; pero probablemente esperará a que termine el Concilio Vaticano II para emprender todas las reformas que la Iglesia necesita y ha manifestado por boca de sus obispos, los cuales a su vez, en una gran mayoría de casos, se han hecho eco de las necesidades y deseos del pueblo, durante esta segunda sesión conciliar.

No han olvidado aquella grave frase que pronunció un Santo Padre de los primeros siglos cristianos: «los oídos de los fieles son más santos que el corazón de los obispos» (S. Hilario). Porque la fe, que vive el conjunto del pueblo cristiano, tiene una facultad especial de detectar muchos defectos que escapan al pensamiento de los teólogos y los pastores, como nos enseñó el gran cardenal que fue el inglés Newman.

E. M. M.

ninguna de sus tres guardias. Todo lo que sea superfluo y no diga nada a las gentes bres» y se realizará definitivamente el «aggiornamento» que pedía Juan XXIII.



Algo distinto



LEGRAIN

parfumeur

PARIS

FRANCE